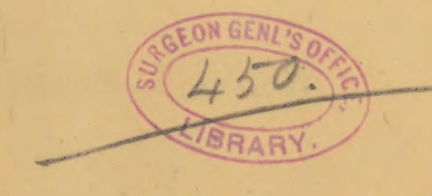
TASSET (C.)

De la fiebre amarilla en el Perú.





Errores de Imprenta a corregir, sin contar otras faltas que no pueden enmendarse en el Opúsculo [illegible]

DE LA FIEBRE AMARILLA EN EL PERÚ.

Es de advertir que la ultima prueba no tenia tales errores que son un *contrasentido*, como lo puedo probar; y yo no comprendo la razon de estos errores *injustificables*.

[illegible]

DE LA

FIEBRE AMARILLA

EN EL PERÚ.

DE LA

FIEBRE AMARILLA

EN EL PERÚ.

Consideraciones practicas sobre su naturaleza y su curacion,

por el Dr. C. Tasset.

DE LA FACULTAD DE PARIS.

Dedicadas al Decano de la Escuela de Medicina de Lima,

Dr. D. Miguel de los Rios.

LIMA: 1869.

Tipografia y encuadernacion de A. Alfaro y Ca.
Calle de la Union (Baquijano) núm. 317.

Errores de Imprenta
á corrigir

Segun las temperaturas, las latitudes, y la elevacion de los lugares sobre el nivel del mar, la fiebre amarilla ó tífus icteroides, esperimenta modificaciones que importa señalar, para evitar la confusion en el diagnóstico y en la curacion.

El tífus icteroides, está ligado al elemento fiebre intermitente; y si se separa de él, es para tomar distintas formas mas ó ménos fatales, dimanando todas del principio tósico del flagelo.

La fiebre amarilla no es oriunda del Perú, ha sido importada en el año de 1852.

En razon de una situacion particular, y de circunstancias climatéricas especiales, el inmenso litoral del Perú, bañado por el Oceano pacífico, no ofrece condiciones favorables al desarrollo espontáneo de esta enfermedad. Sus costas, en mayor parte arenosas, áridas, con mirage, casi estériles, salvo algunos puntos agrícolas, que son como *oasis* de estos desiertos, gracias á las tempestades de la Sierra, que favorecen en algu-

nos meses con el producto de sus aguas estas comarcas; unos vientos casi constantemente dirigidos á manera de brisa, del Sur al Norte, en la direccion de las costas; una temperatura templada, manteniéndose entre el invierno y el estío, en los límites de 17 á 28 grados centígrados; pero en cambio, una humedad constante, produciendo frecuentes variaciones en una atmósfera nebulosa, y que parece ser la causa principal de las fiebres intermitentes, que son endémicas en el Perú, pues, no pueden atribuirse á los pántanos marítimos, los cuales, en razon de la evaporizacion rápida de sus aguas, hacen mas bien el oficio de laboratorios de sales, tan incompatibles con la descomposicion pútrida de escasos productos vegetales y animales; un temperamento constantemente templado: tal es, en resúmen, el caracter de esta parte del Perú, tan distinta de la trasandina.

Antes del flagelo, las enfermedades locales, especialmente las fiebres intermitentes, la hepatítis, la disentería, permitian sin embargo, considerar esta parte como algo favorecida, aunque su temperamento tuviese una accion sumamente debilitante sobre los individuos y en particular sobre los hombres. Pero este privilegio desapareció desgraciadamente ante la aparicion de la fiebre amarilla.

No existia efectivamente en el Perú, esta enfermedad antes del año de 1852, aunque hubiese de tiempo atras, sido endémica en Panamá y periódica en Guayaquil. Pero entónces, las comunicaciones eran escasas entre estas localidades, y aun suspendidas, en caso de epidemia.

Las cosas mudaron completamente, cuando estas comunicaciones se entablaron de un modo general por medio de los buques de vapor, cuya navegacion no ha sido interrumpida en adelante por ninguna consideracion. A ellas solas, pues, debe atribuirse la adquisicion de este formidable huesped, sin contar tal vez, los que pudieran aparecer con el trascurso del tiempo.

Se deja demostrado, que el pais no ofrece condiciones propias al desarrollo espontáneo de la fiebre amarilla, siendo justo atribuirla á las relaciones frecuentes establecidas entre estos paises, y á admitir como consecuencia, que son precisamente los mismos emigrantes, que sirven de vehículos á los gérmenes ó principios tósicos de la fiebre amarilla, que ellos van trasmitiendo á otras localidades, mejor tal vez, de lo que haria la atmósfera, pues esta sola enfermedad, no pudo vencer las corrientes atmosféricas, hasta llegar al Callao, ó á cualquier puerto del Perú, vecino del Ecuador; de suerte que, sin estas circunstancias, el Perú estaria, sin duda, todavía libre del flagelo.

El modo de trasmision ó propagacion del tífus icteroides, es tanto mas difícil de investigar, que antes de su completo desarrollo, necesita una incuvacion, que está sugeta á una duracion variable, pudiendo ser activada, atrasada y aun suspendida por ciertas condiciones de temperatura, de humedad, de electricidad, de corrientes atmosféricas, y especialmente por las latitudes, la elevacion de lugares sobre el nivel del mar. Y la prueba que su desarrollo no es repentino, es, que cuando este flagelo se presentó

por la primera vez en Lima, sus síntomas fueron al principio benignos, al estremo que, la mortalidad fué tal vez menor que en los pasados años. Sin embargo, era á no dudarlo la fiebre amarilla; y la prueba es que, por una circunstancia especial á las epidemias, las afecciones locales se habian ocultado, como para dejar el campo libre á esta competencia formidable. Pero, esta benignidad aparente, no podia engañar á los médicos observadores, con tanta mas razon, que los años anteriores habian sido señalados por unas epidemias de fiebres intermitentes, de fiebres tifoideas, eruptivas, especialmente por la viruela que suele preceder y acompañar el tífus icteroides, como si fuera su satélite. Estas enfermedades tomaban entónces, un caracter insólito, tifoideo y escorbútico, como si participasen ya de la naturaleza de los tífus. Asi es que los síntomas tifoideos complicaban estas fiebres eruptivas; y la misma fiebre tifoidea, antes bastante benigna, sin *sudanima ni manchas lenticulares*, se hacia cada dia mas grave.

Las fiebres intermitentes tambien se volvian muchas veces perniciosas; las enfermedades ordinarias se complicaban de tal manera que dejaban á veces oscuridad sobre su naturaleza, lo que denotaba una influencia oculta.

Las fiebres intermitentes y el tífus icteroides, son de orígen miasmático. Pero, que diferencia de resultados entre ellos, segun sus elementos, sean unidos ó separados, circunstancia que dá lugar sin embargo, á un cambio muy notable de caracter en estas enfermedades. Efectivamente, del concurso de los dos elementos reu

nidos, resulta la fiebre amarilla, mientras que del principio tósico, aislado del elemento intermitente, resultan los varios tifus, desde el gravior, hasta las fiebres tifoideas ordinarias, el escorbuto, y tal vez las fiebres eruptivas, especialmente la viruela; de manera que los tifus no tendrian límites, siendo su principio susceptible de emigrar solo, á no ser que las circunstancias de localidades, fomenten el elemento intermitente.

Pero las fiebres intermitentes no son ambulantes como el principio tósico, y no pueden propagarse fuera de su foco de incuvacion ó de las localidades, cuyas circunstancias permitan su existencia, si no se separan del principio tósico, el cual sigue su curso, pero á la condicion de mudar de especie y forma, como lo hizo efectivamente la fiebre amarilla, que despues de su mansion en las costas del Perú, asumió el caracter de tifus gravior, al subir las alturas frias de las cordilleras, á donde el elemento intermitente no podia existir. No debe haber, pues, entre estos dos elementos, sino una alianza condicional, subordinada a las latitudes, á la elevacion de los lugares sobre el nivel del mar, á la temperatura, á la humedad, á la electricidad y á la direccion de las corrientes atmosféricas. Esta consideracion se funda precisamente en esta observacion importante, que cuando las fiebres intermitentes vienen á complicar las otras afecciones, es una circunstancia muy favorable, pues basta atacar el elemento intermitente, para vencer estas enfermedades. Asi es que, siendo constantes los síntomas de fiebre intermitente en la

fiebre amarilla, esta enfermedad puede considerarse como una *fiebre intermitente perniciosa.*

Este caracter muy bien puede ser desconocido, en razon de que, desde el momento de su invasion, los síntomas de la enfermedad, precipitados por el principio tósico, propenden á agravarse. Sin embargo, estos síntomas son positivamente los de las fiebres intermitentes, tales como escalofrios, cefalalgia, dolores de cintura y de los miembros, y poco despues, sudor espontáneo y copioso. Siempre en Lima, hay coincidencia entre los dos elementos que constituyen la fiebre amarilla; y no hay motivo para que asi no sea en otros lugares. De manera que, si la tendencia á las fiebres intermitentes es grande en Lima, no lo es menos la de la fiebre amarilla, bajo la influencia de las primeras; pues no es raro verla repetir, tres, cuatro, y aun mas veces, siempre de la misma manera, siempre con la misma gravedad y siempre igualmente accecible á la curacion de las fiebres intermitentes. A la verdad, estas recaidas, se observan de preferencia á unos intervalos poco remotos del primer ataque, pero cuando ya los enfermos se hallan buenos y sanos, pudiendo dedicarse á sus ocupaciones. No hay motivo sin embargo, para que estas recaidas, ó las fiebres perniciosas no puedan efectuarse tambien de una epidemia á otra. De manera que, en el Perú, la aclimatacion no es una garantia contra el flagelo. Es especialmente en las recaidas, que se manifiesta mas claro el tífus intermitente pernicioso, y particularmente el de la terciana perniciosa.

Es probable que los varios aspectos de la fie-

bre amarilla dimanen de las modificaciones que esperimenta el mismo tífus; pues siempre se nota su influjo. En todo caso, y como confirmacion, los febrífugos enérgicos, administrados lo mas pronto posible del ataque, tienen el mismo resultado que en la curacion de las fiebres intermitentes ordinarias. Y gracias á la eficacia de estos remedios, los extrangeros recien llegados no corren mas riesgos, siendo pronto curados que las personas aclimatadas, como lo he verificado felizmente, en dos establecimientos ingleses, cuyo desempeño me ha sido confiado desde el principio de su fundacion en Lima.

Siendo la adquisicion de la fiebre amarilla un hecho desgraciadamente patente, queda la cuestion de saber si esta enfermedad se hará endémica ó epidémica. Demasiado fundados, son, sin duda, hoy dia, los temores para esperar que la enfermedad desaparezca completamente; pues, aun cuando no existiera, bastarian las comunicaciones establecidas entre los varios paises para importarla. Es probable, sin embargo, segun las condiciones del pais, y el rumbo que ha siguido la enfermedad desde el año de 1852 hasta la fecha (1869.) que esta epidemia será mas bien periódica. Pero, si ántes se quedaba limitada al Callao y á Lima, sensible es ver que vaya propagándose ahora, al Norte y al Sur del pais, tomando proporciones tan funestas, y que las poblaciones de aquellos lugares sean tan escasos de los recursos de primera necesidad, habiendo sufrido con anterioridad los estragos ocasionados por los terremotos, las inundaciones del mar, y frecuen-

les revoluciones mas endémicas ó epidémicas en el Perú, que el mismo flagelo.

Inútil será señalar cuan importante seria espeler un flagelo, que absorve las poblaciones, á mas de arruinarlas, suspendiendo las comunicaciones, el comercio, la industria y la agricultura. Insuficientes son sin duda, los esfuerzos de un pueblo, para conseguir este fin, sin el concurso de los otros. Pero á lo menos es menester buscar como atenuarlo, si no se puede vencer. El interés general y particular, lo piden imperiosamente, por la razon que en tiempo de epidemia, cada uno está siempre alerta, en presencia de un enemigo latente, aún en sus ratos de aparente descanso. De ahí la necesidad de tomar todas las precauciones necesarias. Así, en tiempo de epidemia, es necesaria la sobriedad bajo todos aspectos. Deben preferirse los cuartos espaciosos y bien ventilados, distantes de las orillas de los rios; evitar la acumulacion de personas, y especialmente de animales. Las fumigaciones anticépticas con el vinagre, el cloruro de cal, el ácido fénico, el alcanfor, y las sustancias resinosas son muy útiles, como tambien el aseo en su persona y en las habitaciones. El alimento debe consistir especialmente en carnes asadas, vino, café ó té, tomados con moderacion, para evitar los embarazos en los órganos digestivos. Es preciso evitar el abuso de la nieve, las frutas crudas é indigestas, las legumbres flatulentas como las coles, y en particular los frejoles; pues es de observar que las primeras víctimas de las epidemias, son las personas que comen estos alimentos indigestos: y como comprobante, viene

ese purgante singular de la Sierra, que no es otra cosa que una emulcion de frejoles colorados macerados, por el espacio de doce á quince horas, en cierta cantidad de agua fria, que no altera su principio activo. Los efectos de este vomi-purgante son muchas veces idénticos á los del cólera ordinario, que felizmente pueden cortarse con bebidas de nieve. Es probable que la coccion de esta legumbre no baste para hacer desaparecer del todo, su principio activo; pues a mas de ser indigesta, predispone todavia á los ataques del cólera asiatico, segun es notorio en Europa.

Conviene ademas prestar una séria atencion á su misma persona. Salvo algunos casos fulminantes: raro es que la enfermedad se manifieste de repente. Está precedida, de síntomas precursores, tales como malestar general, digestion dificil, inapetencia, insomnia, sueños desagradables, y las mas veces, de dolores periódicos generalmente frontales, que son ya los preludios de la enfermedad, y deben combatirse desde su aparicion. Tales son, de un modo general, las principales precauciones que deben tomarse para evitar la fiebre amarilla; y los médicos deben en su mayor parte a ellas el pretendido privilegio de ser mas respetados que los otros del flagelo, á pesar de su asiduidad y de su contraccion para con los enfermos.

Sería el caso de proscribir estos remedios empíricos preconisados por el charlatanismo y la especulacion, y que los acepta con demasiado credulidad, en su mismo perjuicio, cierta clase de la sociedad. Parece, desgraciadamente, que este

abuso es demasiado radicado en el pais, para que pueda ser estirpado.

A las autoridades del pais corresponde especialmente, tomar las medidas enérgicas, para alejar este flagelo de las poblaciones, y evitar que ellas se vuelvan unos focos de infeccion y de contagio. Es de observar que el flagelo penetra de preferencia en el Callao ántes que en Lima, sin embargo que apenas dista dos y tres cuartas leguas. La poca diferencia de temperamento, que existe entre esas dos ciudades, no esplica bien este fenómeno y debe atribuirse á otras circunstancias. Siendo el Callao el puerto mas concurrido del Perú, es necesario que los buques de todas las procedencias, lleguen de preferencia á este puerto, pero con el requisito competente de parte de las autoridades.

Ademas, hay otra circunstancia en que tal vez, nunca se ha fijado sériamente la atencion, á pesar de tener una importancia mayor, y es la construccion viciosa de la chaza de desembarque, la cual forma una encenada angosta, sin salida, y donde se empozan las aguas del mar, sobre un fundo de fango, del cual se desprenden constantemente columnas de gases mefíticos, que contribuyen á activar el desarrollo de la fiebre amarilla, especialmente cuando sube el calor á cerca de 29 grados centígrados. Bastaria establecer á la estremidad de este puerto, una comunicacion directa con el mar, para barrer estas inmundicias noccivas.

La cuestion vital para un pais constantemente expuesto á las enfermedades contagiosas de otros lugares, es sin contradiccion, la de las La-

zaretos. Pero es de toda necesidad que estos establecimientos se hallen completamente aislados de las poblaciones, y estrictamente vijilados por las autoridades locales; y ningun punto se halla mas á propósito, que la isla de San Lorenzo. No merecen en ninguna manera esta denominacion, aquellas ambulancias construidas apuradamente durante la epidemia, en el vecindario de una ciudad contagiada, y en comunicacion libre con ella. Sin embargo, no dejan de tener una importancia grande, aún cuando no fuera mas que la de evitar la aglomeracion de enfermos en el centro de la ciudad, especialmente tan fatal en tiempo de epidemia. A cada barrio corresponderia un hospital, como era la costumbre, ántes que se convirtiesen en cuarteles los que existian, con escepcion de los del centro de la ciudad, adonde se aglomeran forzosamente los enfermos. Los cuarteles ganarian tambien si estuvieran situados á los estremos de la ciudad, pues resultaria un beneficio positivo, tanto para los militares, como para el público.

Sensible es abordar la cuestion de los lugares de sepultura, tales como están establecidos todavía en el vecindario de Lima, á consecuencia de una costumbre irreflexiva, que desgraciadamente ha mantenido una práctica diametralmente opuesta á la higiene y á la salud publicas. Mientras en Europa, aún en los paises mas frios, las autoridades cuidan en los cementerios, que los cadaveres sean sepultados bajo de tierra, á una profundidad de dos métros, ú ocho piés, en el cementerio general de Lima, se sigue todavía la rutina de los tiempos de la conquista que con-

siste en acumular los cadáveres los unos encima de los otros, en unos nichos de ladrillo de algunas pulgadas de espesor, dispuestos como las alveolas de las colmenas, á la superficie del sol. La menor reflexion hace comprender que esta práctica, tiene el inconveniente grave de esponer estos cadáveres á una descomposicion pútrida espontánea, por su contacto casi libre con la atmósfera. ¿Qué necesidad hay de esponer la poblacion á unas influencias tan perniciosas? ¿Por qué no confiar á la tierra estos despojos de la humanidad, por el espacio de unos veinticuatro años, que son necesarios para su consumacion total, en lugar de sacarlos medio consumidos de sus nichos, para dar admision á otros y hacer de ellos una especie de acto de fé, acabando de consumirlos en una hoguera general, costumbre no menos viciosa? En tiempos de epidemia en Europa, tienen aún la precaucion de añadir á los cadáveres, cal viva, ú otras sustancias aparentes para apurar su destruccion. Los Incas, á lo menos, tenian la costumbre de sepultar sus muertos en terrenos salitrosos, con una corta provision de víveres, en la prevision, sin duda, que algun poder sobre natural pudiera llamarlos á esta vida. Halagüeña esperanza sin duda! miéntras que los peruanos no tienen otra prespectiva que la de una hoguera ó infierno anticipado! Pero, si el lujo debe seguir aún despues de la vida, adórnense estos lugares lúgubres, con monumentos suntuosos, sobre la tierra que encierra los muertos, y déjenlos descansar en paz... hasta el juicio final!

Muy lejos están las acéquias de Lima, de lle-

nar las condiciones á que son destinadas. Se esfuerzan en Europa de hacerlas desaparecer de la superficie del suelo, construyendo acueductos subterráneos espaciosos y libres en su curso. En Lima son generalmente desaseados y atorados por inmundicias, y gozan de la gran satisfaccion de ser frecuentadas por gallinazos, que han hecho su mansion en la predilecta Ciudad de los Reyes. Una circulacion libre y rápida de aguas en estas acéquias, tanto de dia como de noche, especialmente en tiempos de epidemias, podria remediar hasta cierto punto su insalubridad.

Los muladares amontonados dentro de las murallas de la ciudad, merecen tambien séria atencion; en razon de la mala influencia que ejercen sobre la salud. La mayor parte de ellos podrian tener un empleo útil, sea en el cultivo de las tierras, sea como combustible en ciertas industrias, como v. g. en la fabricacion de adobes. Da lástima ver que los empleen aquí en terraplenar ciertos terrenos, aún los del interior de la ciudad, sin consideracion á la higiene, y á la salud pública.

Siendo la descripcion de la fiebre amarilla detallada en las obras clásicas, me contentaré con llamar la atencion sobre la aparicion de esta enfermedad en Lima. Es de notar que, como los otros flagelos, la fiebre amarilla no se manifestó derrepente, y que sus primeros síntomas no fueron los del tifus icteroides confirmado.

Efectivamente en el año de 1852, una *Enteritis* biliosa que llamaron colerina, anunció la llegada de la fiebre amarilla, habiendo sido precedida en el año anterior de epidemias, en que pre-

dominaba ya el caracter tifoideo y escorbútico. Sin embargo, esta colerina fué bastante benigna al principio; pero, por las circunstancias enumeradas, podia considerarse ya, como el precursor de la fiebre amarilla. Derepente, unas evacuaciones alvinas biliosas repetidas, sin movimiento febril, atacaron la mayor parte de los habitantes de Lima, pero de una manera tan poco alarmante que no inspiraban miedo, pues desaparecian espontáneamente, ó podian cortarse por medio de purgantes especialmente salinos, que hacian prodigios. Pero mas tarde, se manifestaron los escalofrios, la cefalalgia, los dolores de cintura y de los miembros, de los hipocondrios, especialmente el derecho, de pleurodinia acompañada á veces de tos, de espútos naturales no aderentes á las vasijas ó teñidos de sangre, aunque sin opresion notable al pecho. Los orines eran subidos de color y su emision penosa. Los vómitos eran entónces raros, salvo algunos casos en que se observaban síntomas de cólera, con calambres. La cara era vultuosa, y los ojos ligeramente colorados.

Un sudor copioso, de un olor semejante al de la erupcion miliar de los Ingleses, molestaba á los mismos enfermos. A pesar de el borborigmo, el vientre no presentaba meteorismo, en razon de la frecuencia de las evacuaciones alvinas. La lengua quedaba blanca, húmeda, pero los alimentos repugnaban, y la sed era insaciable. La insomnia era de las mas tristes, pues apenas los enfermos cerraban los ojos, que las mas siniestras visiones, les obligaban á abrirlos. Del segundo al tercer dia de la enfermedad, se manifestaba una erupcion miliar que se acompañaba

muchas veces, de una comezon ó picazon molestosa, pues determinaban á veces sensaciones como las de la acrodinía, en las manos y en los piés, de chispas de fuego ó de electricidad. Tales fueron los primeros síntomas de la colerina. Hasta entónces, ningun síntoma alarmante: solamente la convalecencia era larga y penosa.

Pero, la enfermedad iba tomando mas intensidad, y dejaba ver la influencia de un agente tósico. Los vómitos biliosos, se hacian sumamente rebeldes, y uno ó dos dias despues, venia primero la expulsion de una cantidad variable de sangre, y despues la salida variable de un pus ordinario sin olor característico. Entónces se consideraba generalmente al paciente como fuera de peligro. Esta salida de pus por la boca sin síntomas notables de parte del hígado, indicaba naturalmente que el estómago habia sido el sitio de la apostema.

Pero, al fin del estío, esta enfermedad asumió un caracter verdaderamente alarmante, sin que pudiese sin embargo calificarse de fiebre amarilla. La erupcion cutánea se declaraba á veces con tanta violencia y confusion, que dejaba la mayor ambigüedad con respecto á su naturaleza, siendo ademas complicada de escorbuto, lo que manifestaba claramente una alteracion muy grave del sistema. Felizmente la llegada del invierno disipó esta enfermedad.

El año siguiente fué cuando se manifestó la fiebre amarilla, con todos los síntomas que le son característicos, y de tal modo que no dejaba duda sobre su presencia. Pero, como el público no se familiarizaba con la idea de un hues-

ped tan temible, tuvo á bien la Escuela de Medicina, confiarme la autopsia de un soldado que habia muerto de este flagelo, en el hospital militar de San Bartolomé, situado en Lima. Esta autopsia que practiqué en compañía del Sr. Dr. D. José María Macedo, confirmó desgraciadamente la existencia de el tífus icteroides.

La fiebre amarilla es un tósico miasmático que ejerce su accion especialmente sobre el sistema sanguíneo, del hígado y los riñones. Unos médicos distinguidos de Lima, establecieron varias formas de la enfermedad, formas que son imaginarias, por la razon que todas dimanan del principio tósico, y la forma congestiva, en la cual los ojos están inyectados, es debida á la erupcion miliar que suele tambien manifestarse, ó al principio tósico, pero no constituye una forma inflamatoria, y aún cuando esta inflamacion existiera, no podría tomarse en consideracion, pues los remedios antiflojísticos, y en especial las sangrías locales ó generales, serian funestos; pues á mas de contribuir al aniquilamiento de los enfermos que comienza con la enfermedad, y á la depresion rápida del pulso, podrían determinar hemorrágias pasivas indómitas. Aún deben preferirse en caso de necesidad, los sinapismos á los caústicos, por miedo de determinar la gangrena. Importa aún evitar en el curso de la enfermedad, toda circunstancia debilitante, pues aún ciertas funciones naturales, como la lactancia y la menstruacion, que aparece al fin de la enfermedad, pueden tener resultados funestos para las mugeres.

Estas consideraciones son bastante importan-

tes, pues siendo el temperamento de Lima debilitante, los médicos ocurren en aquel acto al método antifebrífugo y estimulante que ofrece toda seguridad.

Presentándose siempre en el Perú la fiebre amarilla con los síntomas de las fiebre intermitente, la primera idea que ocurre naturalmente, es la de los remedios anti periódicos enérgicos, como el Sulfato de Quinine. Tan luego pues, como un individuo se halle atacado de la enfermedad, la primera indicacion es, de determinar el sudor por medio de pediluvios calientes, sinapismos y de sudoríficos poderosos, como el Acetato de Amoniaco, mezclado con una preparacion opiacea y de infusiones calientes de plantas sudoríficas. Arropar bien al enfermo, para ayudar á los sudoríficos, evitando al mismo tiempo el contacto del aire ó de sus corrientes, las bebidas frias ó heladas; y tan luego como el sudor estuviese entablado, proceder á la administracion del Sulfato de Quinine, en dósis de diez á doce granos a cada seis horas, que se siguen, hasta que el pulso indique la cesacion de la fiebre, y la mejoria del enfermo, mejoria que empieza generalmente del segundo al tercer dia. Una pequeña cantidad de Opio ó de Alcanfor, asociados al Sulfato de Quinine favorecen su accion; el Opio, por su poder sudorífico, y el Alcanfor, como pudiendo prevenir el *tenesmo* de la vejiga.

Este tratamiento que es el de los adultos, será naturalmente modificado segun la edad, la complexion de los enfermos, la preñez, y el estado de los órganos principales.

El *tenesmo* de la vejiga, pudiera ser tal vez

una contra indicacion de seguir el remedio; pero, es preciso no confundir el *tenesmo vejigal*, con la suspension de orines, que resulta de la falta de secrecion de los riñones, ocasionada por la accion del tífus icteroides. En el *tenesmo*, la vejiga hinchada por la acumulacion de orines, hace tumor en el bajo vientre, y la sonda de algalia basta para remediar á este mal momentáneo, miéntras que, en la falta de secrecion de orines, que es generalmente un síntoma grave, la vejiga vacía no hace tumor. Puede suceder por una aberracion de funcion de los riñones, que en lugar de falta de secrecion se manifieste una secrecion abundante y anormal de este líquido, como el *diabétes*, circunstancia que no es por cierto mejor, pues esta super secrecion precipita mas pronto al enfermo, en razon del aniquilamiento rápido que ocasiona. Pero, por eso no debe condenarse á *priori* el Sulfato de Quinine porque el tenesmo no es más que transitorio, miéntras que sus ventajas incontestables, no pueden ser compensadas por ningun otro medicamento, aún que digan ciertos detractores de este específico; pues muchos enfermos son frecuentemente víctimas de su resistencia á tomarlo. Sin embargo, en ciertos casos en que era imposible seguir mas en su empleo, me ha parecido que la solucion de Fowler podia tener alguna accion favorable en las fiebres intermitentes perniciosas y en la fiebre amarilla. En todo caso, no debe este remedio último ser considerado sino como un equivalente al Sulfato de Quinine, (7 gotas de la Solucion de Fowler, con una onza de Jarabe de Opio, por cuatro onzas de líquido á tomar á cucharadas á cada hora).

En las epidemias anteriores, el Acetato de Amoniaco, la esencia de Trebentina, la Creosota, el Ají (capsicum automnole), los purgantes, formaban la base de la curacion de la fiebre amarilla. Hoy el Sulfato de Quinine los suple con ventaja. En todo caso su uso no proscribe en ninguna manera, la administracion simultánea de los otros remedios. Efectivamente, importa mucho combatir con los purgantes, especialmente oleosos, el meteorismo y el estreñimiento del vientre, tan frecuentes en esta enfermedad, empleando tambien lavativas preparadas con estos mismos remedios oleosos. La Esencia de Trebentina, el Alcanfor, empleados en bebidas, lavativas, y especialmente en fricciones, pueden favorecer la secrecion de orines; la pocion anti emetica de Riveiro, la Creosota pueden parar el vomito, especialmente el que se asemeja al concho de café, que no tiene la gravedad del que és como la brea de los buques.

La tendencia rápida á la postracion y al aniquilamiento del enfermo, no permiten dejarlo mucho tiempo sujeto á una dieta demasiado rigorosa que podria tener consecuencias malas. Asi es que, sin mas tardar que el segundo ó tercer dia, si el estómago lo permite, es de toda necesidad relevar las fuerzas del enfermo con caldos, vinos generosos, y aún, segun el modo de vivir de los individuos, con pequeñas cantidades de aguardiente mezclado con agua caliente azucarada.

Una vez el enfermo fuera del riesgo, no es un motivo para que se desatienda de precauciones, pues siendo las fiebres intermitentes, el promo-

tor de la fiebre amarilla, su tendencia debe naturalmente determinarla cuantas veces se manifiesten.

Despues de un descanso de trece años, este flagelo desgraciadamente ha vuelto á afiijir el pais el año de 1868, primeramente en el Callao, y despues en Lima, sin ser precedido de la colerina como lo fué en 1852, Sus estragos han sido funestos en ambas ciudades. Pero, en el presente año, la colerina que ha precedido, ha sido muy modificada y en nada comparable con la de 1852.

Natural es considerar esta colerina, como una modificacion de la misma fiebre amarilla, y si ella puede hacer preveer la invacion del flagelo puede tambien indicar su tendencia á declinar, como efectivamente lo hace, pues este flagelo se manifiesta generalmente ahora bajo la forma de una fiebre intermitente cotidiana y particularmente de una terciana perniciosa con vómitos biliosos, y tendencia á tener pronto los síntomas de la fiebre amarilla. Pero, es ahora al Sur y al Norte del Perú, á donde el flagelo se manifiesta con toda la intensidad que despiegó en años pasados en Lima y en el Callao.

Esta propagacion lenta de la fiebre amarilla de Lima á otros puntos del Perú, confirma la opinion sobre la duracion del tiempo necesario para su incuvacion; y que esta enfermedad no es salteada ni caprichosa, como el colera morbo asiático, del cual estamos felizmente libres hasta la fecha.

El distinguido Dr. Frances el Sr. D. Luis Journé, me participa que en el año de 1855, el *Tifus* se manifestó en Concepcion de Jauja, (en la cierra del Perú) con una violencia tal, que aun tomó la forma de la Peste de Oriente, con *carbunclos* á los sobacos y al pecho.

En cuanto á la curacion de este *Tifus*, cuando habia síntomas de intermitencia, usaba el ácido arsenioso á la dósis de un grano mezclado con polvo de almidon, repartido en veinte y cinco píldoras, de las que se tomaba una píldora cada dos horas, con una bebida sudorífica.

Cuando aparecía la postracion en el enfermo, administraba tintura alcoholica de Nuez vómica, por la boca, á la dósis de diez gotas en una pocion de seis onzas, á tomar por cacharadas á cada cuarto de hora, sea por lavativas á la dósis de quince gotas en cantidad suficiente de agua.

Esta curacion le dió resultados muy satisfactorios.



